

Josep Padró Parcerisa

Historia del Egipto faraónico

Alianza Editorial

Primera edición: 1999
Segunda edición: 2019

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Josep Padró Parcerisa, 1999, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1999, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
ISBN: 978-84-9181-634-8
Depósito legal: M. 21.075-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL,
ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Prólogo, por Abdel-Halim Nur el-Din	13
Prefacio	15
1. Introducción general	19
Nociones geográficas	19
Los progresos de la Egiptología	20
Sobre la cronología y sobre la transcripción de los nombres propios	22
Algunas generalidades sobre la Historia Antigua de Egipto	23
Consideraciones sobre el Egipto faraónico y la filosofía de la Historia	26
El Neolítico egipcio	30
2. La formación del Estado faraónico	33
Introducción metodológica	33
El origen de la civilización egipcia	34
El Período Predinástico Antiguo	37
El Período Predinástico Pleno	43
El Período Protodinástico	48
Sobre el origen de la lengua y de la escritura egipcias	51
El Período Tinita y el comienzo de la historia dinástica	55
3. El auge del Imperio Antiguo	61
Consideraciones preliminares	61
La Dinastía III (2686-2613)	62
La Dinastía IV (2613-2494)	64
La Dinastía V (2494-2345)	71

4. Arqueología y arte del Imperio Antiguo	79
La arqueología del Imperio Antiguo	79
El arte egipcio	81
La arquitectura del Imperio Antiguo. La tumba real, de la mastaba a la pirámide	83
Los templos	87
Las mastabas privadas	89
Las ciudades y las casas	90
La escultura	92
Los bajorrelieves y la pintura	93
Artesanía y artes menores	94
5. Topografía del Imperio Antiguo	99
Menfis	99
La fundación de Menfis	103
La necrópolis menfita	104
La necrópolis de Saqqara. Las tumbas reales tinitas	106
El complejo funerario de Dyoser o Tosortro en Saqqara	108
La pirámide de Sejemjet en Saqqara	111
La mastaba de Shepseskaf en Saqqara	112
Las pirámides de la Dinastía V en Saqqara	113
La pirámide de Onos y las de la Dinastía VI en Saqqara	113
Mastabas privadas del Imperio Antiguo en Saqqara	115
Los sectores de la necrópolis menfita al norte de Saqqara	116
Las necrópolis de Guiza y de Abu Rauash	117
La necrópolis de Dahshur	122
El Alto Egipto	122
El Bajo Egipto	126
6. Textos y literatura del Imperio Antiguo	129
Introducción	129
La literatura religiosa. Los <i>Textos de las Pirámides</i>	130
Los aleccionamientos sapienciales. Las <i>Enseñanzas</i> de Ptahhotep	133
Los escritos técnicos de carácter histórico	136
Otros escritos de carácter técnico y epigráfico	139
7. La civilización del Imperio Antiguo	141
Introducción	141
El rey y la corte	142
La administración	145
Economía y sociedad	147
Religión, pensamiento y ciencias	155
8. El final del Imperio Antiguo y el Primer Período Intermedio	159
Consideraciones generales	159
La Dinastía VI (2345-2173). Política interior	160
La Dinastía VI. Política exterior	165

La caída del Imperio Antiguo y los comienzos del Primer Período Intermedio	170
Las Dinastías VII (2173) y VIII (2173-2160) y el final de la monarquía menfita	174
La Dinastía IX/X (2160-2040) y la época heracleopolitana	175
La literatura de época heracleopolitana	180
9. Orígenes y apogeo del Imperio Medio	189
La Dinastía XI y la formación del Imperio Medio	189
Amenemes I y la consolidación del Imperio Medio	192
El apogeo de la Dinastía XII	198
Sesostris III y el final de la Dinastía XII	201
10. Arqueología y arte del Imperio Medio	207
El Primer Período Intermedio como transición entre los Imperios Antiguo y Medio	207
La arquitectura del Imperio Medio	209
La escultura del Imperio Medio	212
El bajorrelieve, la pintura y las artes menores	214
11. Textos, literatura y civilización del Imperio Medio	217
La lengua y los escritos de época del Imperio Medio	217
La literatura religiosa y la literatura narrativa	219
La <i>Historia de Sinuhé</i>	220
Las narraciones fantásticas	222
La literatura política. La literatura pesimista	224
La literatura optimista. Obras didácticas	227
Otras obras de la literatura clásica egipcia	228
Escritos de carácter técnico. La época del Segundo Período Intermedio	229
Consideraciones finales sobre el Imperio Medio	229
12. El Segundo Período Intermedio	231
Problemas metodológicos para el estudio del Segundo Período Intermedio	231
Los orígenes de la Dinastía XIII y el problema de la Dinastía XIV	232
El final de la Dinastía XIII y el comienzo de la penetración asiática	235
Los hicsos y su origen	236
Las Dinastías XV y XVI, y el Imperio de los hicsos	239
La Dinastía XVII tebana y la guerra de liberación contra los hicsos	241
Amosis y la expulsión de los hicsos de Egipto	244
13. Los comienzos del Imperio Nuevo	249
Panorama internacional del Próximo Oriente a mediados del segundo milenio	249
Amosis y la fundación de la Dinastía XVIII	252
Amenhotep I y los primeros Tutmósidas	254
Hatshepsut	256
Tutmosis III y la guerra contra Mitanni	261
Amenhotep II, Tutmosis IV y la paz con Mitanni	263
Amenhotep III y el apogeo de la civilización egipcia	265

14. El Período Amarniense y el final de la Dinastía XVIII	271
Introducción	271
El comienzo del reinado de Amenhotep IV y de la revolución amarniense	272
El apogeo de la revolución amarniense	274
La política exterior del reinado de Ajenatón	276
El final del reinado de Ajenatón. Esmenjkare	281
Tutankhamón y Ay	282
Horemheb y el final de la Dinastía XVIII	285
15. La Dinastía XIX	289
Los orígenes de la Dinastía XIX. Setos I	289
Rameses II	291
Mineptah	297
El final de la Dinastía XIX	299
16. Arqueología y arte del Imperio Nuevo	301
La arquitectura religiosa	301
La arquitectura funeraria	305
Palacios, casas y urbanismo	308
Escultura, pintura, artesanía y artes menores	310
17. Civilización, textos y literatura del Imperio Nuevo	313
El gobierno y la administración	313
La sociedad	314
Las relaciones exteriores	315
La religión y la literatura religiosa	316
La lengua y la literatura no religiosa de época del Imperio Nuevo	322
18. La Dinastía XX y el final del Imperio Nuevo	331
El advenimiento de la Dinastía XX	331
Rameses III	332
Los últimos Ramésidas	334
19. El Tercer Período Intermedio	339
La época tanita	339
La época libia	343
La época etíope	346
La intervención asiria en Egipto y el final de la época etíope	352
20. El Período Saíta	355
Psamético I (664-610)	355
Los sucesores de Psamético I	358
Amasis (570-526) y el final del Período Saíta	361
21. El Período Persa	365
La Primera Dominación Persa	365

La época de las últimas dinastías indígenas	368
La Segunda Dominación Persa	371
22. La civilización de la Baja Época	373
Arqueología y arte de la época anterior a la conquista macedónica	373
Arqueología y arte del Período Ptolemaico y Romano	375
Las ciudades egipcias hasta la Baja Época	376
La lengua, la escritura, la religión y la literatura de la Baja Época	384
23. La Dominación Macedónica y el Período Ptolemaico	389
Alejandro Magno	389
La Dominación Macedónica después de Alejandro	391
Los comienzos de la Dinastía Lágida	394
La situación de Egipto a comienzos del Período Ptolemaico	400
La decadencia de los Lágidas y el comienzo del intervencionismo romano	405
Cleopatra VII Filópator y el final de la independencia de Egipto	415
Epílogo: el final de la civilización egipcia	420
Apéndices	425
1. Lista de reyes de Egipto	427
2. Glosario	437
3. Bibliografía	443
4. Índice onomástico	453

Prólogo

España ha permanecido al margen de la investigación egiptológica durante un siglo y medio, con la única excepción de la actividad desarrollada por el diplomático Sr. E. Toda entre 1884 y 1886. No obstante, Egipto se encuentra en el origen de la civilización, y sin él no podemos verdaderamente decir que conocemos nuestros orígenes. Sólo a partir de la campaña internacional de salvamento de los monumentos de Nubia podemos encontrar arqueólogos españoles que a partir del período que va de 1960 a 1965 han empezado a trabajar en Egipto: entre ellos podemos recordar a los Sres. M. Almagro, J. López, L. Monreal, M. Pellicer, F. Presedo y E. Ripoll. Aunque la mayoría de ellos no eran egiptólogos, realizaron entonces una meritoria labor aún hoy día recordada.

Desde 1966, el yacimiento de Ehnasia el Medina (la antigua Heracleópolis Magna) ha servido de manera ininterrumpida a los jóvenes investigadores españoles para introducirse en el trabajo de campo egiptológico. Entre ellos se encuentra el profesor J. Padró, formado como egiptólogo en Francia por J. Leclant, Ch. Desroches-Noblecourt y F. Daumas. Profesor de la Universidad de Barcelona, Padró dirige actualmente las excavaciones arqueológicas de Bahnasa (Oxirrinco) desde el año 1992.

Es, pues, para mí un verdadero placer tener ocasión de poder leer por primera vez una historia del Egipto faraónico escrita por un egiptólogo español, colega al que personalmente conozco desde hace ya tiempo. Es

por ello que estoy seguro de que este libro podrá satisfacer el interés natural del público cultivado español y que ayudará a la consolidación de los estudios egiptológicos en España.

ABDEL-HALIM NUR EL-DIN (†)
Director del Departamento
de Egiptología de la Facultad de Arqueología
Universidad de El Cairo
Antiguo Secretario
General del Consejo Supremo de Antigüedades de Egipto

Prefacio

El libro que el lector tiene en las manos es el resultado final de un largo proceso. En primer lugar es el resultado de treinta y siete años de experiencia docente en las aulas universitarias de Bellaterra, Madrid, Tarragona, Barcelona y Lisboa. Ello significa que este libro difiere de la mayoría de manuales de Historia de Egipto que he podido consultar, si no en su estructura esencial, sí en su redacción. Quiero decir con ello que mientras que los manuales en cuestión, incluso los más recientes, ofrecen inventarios más o menos exhaustivos de acontecimientos, fuentes históricas y monumentos, clasificados por períodos o por años, en cambio mi libro, guiado por las notas y los apuntes de mis clases, revisados cien veces y modificados constantemente en función de los intereses pedagógicos de la exposición oral, se ciñe generalmente a los acontecimientos, fuentes y monumentos que por experiencia considero más relevantes. Además, mientras que los egiptólogos son poco dados a explicitar sus opiniones sobre los hechos que enumeran, por mi parte en cambio he preferido explayarme en todo tipo de consideraciones que, si bien podrán en alguna ocasión ser tildadas de demasiado subjetivas, tienen, pienso, la ventaja para el lector, igual que para los alumnos que me escuchan, de hacer la lectura más fluida y de razonar el porqué de lo que se está explicando. De todos modos, he procurado siempre dejar bien claro lo que son hechos objetivos razonablemente bien establecidos, y lo que son simples opiniones más más o menos bien fundamentadas.

Si, pues, la elaboración del libro ha dependido en última instancia de mi ya larga experiencia docente, su redacción final también ha sido el resultado de un dilatado proceso de muchos años, desde que tomé la pluma por primera vez para empezar a escribir el primer capítulo. Desde entonces, apuntes, notas, libretas y papeles diversos me han ido siguiendo por los distintos lugares a los que me ha llevado mi trabajo o incluso mi tiempo de vacaciones: Montpellier, Oxirrinco (la actual Bahnsa), Lisboa, El Cairo, Puigcerdà, Llívia y, por supuesto, Barcelona. Puedo decir, por consiguiente, que durante todos estos años el libro se ha convertido en mi compañero inseparable de andanzas y fatigas.

Durante todos estos años también son muchas las personas e instituciones que me han ayudado, consciente o incluso inconscientemente, en su redacción, aunque debo resaltar especialmente a mis compañeros de las bibliotecas de egiptología de las universidades de Barcelona y de Montpellier, así como a toda mi familia; a todos ellos debo manifestar mi agradecimiento por su paciencia y apoyo constantes, y deseo dedicarles el resultado final de mi trabajo. Pero también deseo dedicarlo al mismo tiempo a mis alumnos de todos estos años, que con su interés y atención han representado un gran estímulo para mí. Y aun al actual pueblo egipcio, verdadero descendiente en su totalidad del pueblo de los faraones, al que he aprendido a querer en mis frecuentes estancias en su país.

Es mi esperanza que el libro pueda contribuir no ya tan sólo a acrecentar aún más el interés del público español por el antiguo Egipto, puesto que este interés está ya sobradamente demostrado a estas alturas, sino también a normalizar la situación académica de la Egiptología en la universidad española, anómalamente desconocida aún como área de conocimiento, lo que la sitúa en una precaria situación sin parangón en este momento en Europa. Hace ciento treinta y tres años, exactamente el 16 de mayo de 1886, el diplomático español E. Toda, de regreso de Egipto donde había estado ejerciendo como egiptólogo, pronunció las siguientes palabras como epílogo de una conferencia impartida en Vilanova i la Geltrú con motivo de la cesión de una parte de su colección de antigüedades egipcias al Museo Víctor Balaguer de dicha localidad:

Es sólo mi intento, y con lograrlo quedarán recompensados mis afanes, que esta serie arqueológica que hoy inauguramos pueda servir de estímulo a nuestra estudiantina juventud. Nunca conocerá la historia quien no empiece a aprenderla desde Egipto, como no trazará jamás el curso de un río quien desconozca las fuentes de su origen. Y para remontar las investigaciones científicas o curiosas a pueblo de origen tan remoto, nada, señores, puede servir como la contemplación de los objetos que sirvieron a su vida, del cadáver de uno de sus hijos, los restos de otros, las imágenes de sus dioses, los utensilios de su culto, las más familiares prendas de su uso y hasta la escritura corriente en su ordinario trato.

No permanezcamos tan atrasados en el estudio de la ciencia egiptológica. En siglos pasados nuestro espíritu investigador traspasó las fronteras de la patria y acometimos grandes empresas. Hoy, por desgracia, nuestra visible decadencia casi nos ha reservado el último lugar de las naciones en la vía de los descubrimientos científicos, y trabajamos muy poco. ¡Quiera Dios que pronto veamos más extensos horizontes!

A pesar de los vehementes deseos de Toda, cuando presenté la primera versión de este texto para su publicación en 1996, estábamos prácticamente igual, y sólo en la Universidad de Barcelona había docencia de Egiptología en su plan docente. Ahora, ciento treinta y tres años después, la situación de la Egiptología española ha mejorado y son varias las universidades y otras instituciones académicas en las que nuestra disciplina ocupa un lugar preeminente. Así pues, es con satisfacción que, al presentar este texto revisado para una nueva edición, puedo rectificar mis últimas palabras del Prefacio de las ediciones anteriores. En este lapso de tiempo se han ido produciendo novedades en la investigación egiptológica, novedades que he procurado recoger para mantener al día este libro.

Barcelona, febrero de 2019

1. Introducción general

Nociones geográficas

Egipto es una estrecha banda de tierra fértil surcada por el Nilo, en el extremo este del desierto del Sáhara. El país era un golfo durante la Era Secundaria, en cuyo fondo se depositaron sedimentos calcáreos. Al sur, el golfo limitaba, a la altura del Dyebel Silsila, con una plataforma de arenisca, la Nubia histórica; al este, con una cadena montañosa de rocas metamórficas primarias, el desierto Arábigo actual.

Probablemente, a finales del Terciario el Nilo logró vencer la barrera del Dyebel Silsila y verter su caudal en el golfo que acabaría siendo Egipto. Paralelamente se formó el mar Rojo con el que la región empezó a adquirir su fisonomía actual, completada entre el Plioceno y el Pleistoceno con el total relleno del golfo y la formación de las terrazas del Nilo.

Durante el Pleistoceno Superior se produjo la conexión del Nilo con el sistema hidrográfico abisinio, por un lado, y con los grandes lagos, por otro, a través del Nilo Azul y del Nilo Blanco, respectivamente, convirtiéndose desde este momento la crecida anual en el factor dominante en la vida del río. Finalmente, al término de la última glaciación cuaternaria, el nivel del mar subió y, en consecuencia, el Nilo empezó a depositar sedimentos de origen abisinio, el célebre limo, tierra extremadamente fértil que abona los campos egipcios cada año al llegar la inundación.

Con absoluta regularidad, un año tras otro se produce el maravilloso fenómeno de la inundación, provocado esencialmente por la crecida del Nilo Azul, cuyo caudal en el transcurso del verano pasa de unos 200 a unos 10.000 m³ por segundo. La crecida alcanza la 1.^a catarata en junio y el Delta en julio, llegando a sus cotas máximas en septiembre. En noviembre, el agua se retira totalmente, dejando los campos cubiertos por el fértil limo y a punto de sembrar.

La llegada de la inundación a Egipto coincidía con la salida heliaca de la estrella Sotis —Sirio—, de ahí que los antiguos habitantes del país creyesen relacionados ambos fenómenos, y a la estrella más brillante del cielo, de alguna manera responsable de la crecida nilótica.

El Nilo es un río navegable, y de hecho es también la principal vía de comunicación de Egipto aún en la actualidad. No obstante, presenta algunas dificultades, debidas, por un lado, a la falta de buenos puertos en el Delta y, por otro, a la existencia de cinco cataratas en Nubia, ninguna de las cuales es de todos modos absolutamente infranqueable.

El Valle del Nilo está flanqueado por dos desiertos, el Líbico al oeste y el Árábigo al este. El desierto Líbico, más bien llano, se caracteriza por la existencia en él de numerosos oasis, el más importante de los cuales es también el más cercano al Valle: se trata del Fayum, importante lago de agua salobre conectado con el Nilo a través de un brazo de éste, el Bahr Yusef. En el desierto Árábigo, de configuración montañosa, hay canteras de esquisto, pórfiro, alabastro, diorita y granito, pudiéndose encontrar también oro y piedras preciosas; el terreno abrupto hace difíciles, pero no imposibles, las comunicaciones del Valle del Nilo con el mar Rojo.

El clima de la región, estepario al principio del Holoceno, fue haciéndose progresivamente seco, pero sólo alcanzó niveles de desertización a finales del tercer milenio, en plena época histórica, manteniéndose desde entonces prácticamente igual al actual.

Históricamente, Egipto se divide en dos países: el Alto Egipto, que corresponde al Valle del Nilo propiamente dicho y que abarca desde la 1.^a catarata, en Asuán, al sur, hasta la región de Menfis, al norte; y el Bajo Egipto, que corresponde al Delta e incluye Menfis en su extremidad meridional. No obstante, desde el punto de vista estrictamente geográfico, es posible distinguir un Egipto Medio, que va desde el norte de la región de Tebas hasta el límite con el Bajo Egipto. Finalmente, hay que señalar que en la 1.^a catarata se encuentra la frontera histórica de Egipto con Nubia.

Los progresos de la Egiptología

La ciencia egiptológica, al contrario de sus afines dedicadas al estudio del mundo clásico greco-romano, tiene una existencia corta de poco más de un siglo y medio. La escritura jeroglífica, así como sus cursivas, el hierático y el

demótico, debían su existencia al final de la Antigüedad exclusivamente a su relación con el culto pagano, máxime cuando los cristianos egipcios —los coptos— adoptaron el uso de escribir su propia lengua mediante el alfabeto griego. Los consiguientes progresos del cristianismo significaron, pues, la agonía y la muerte no sólo de la antigua religión, sino también de la civilización egipcia. Tras el decreto de Teodosio del año 384, ordenando cerrar los templos paganos, sólo permaneció abierto al culto el de Isis en la isla de Filas, en la misma frontera del Imperio, y ello por razones políticas. Significativamente, aquí se ha encontrado la última inscripción jeroglífica conocida, que data del año 394. Así, cuando Justiniano hizo cerrar *manu militari*, ya en el siglo VI, este postrer reducto de paganismo en el Imperio, sabemos que estaba privando de libertad a los últimos hombres capaces aún de leer los jeroglíficos. Así se perdía la llave de esta enigmática escritura que tardaría mil trescientos años en recuperarse.

Durante todo este tiempo, y hasta el siglo XVIII, la comprensión de los antiguos monumentos no pudo más que ser necesariamente limitada, orientándose esencialmente en busca de recuerdos bíblicos. El primer avance importante no se produjo hasta 1799, cuando los soldados franceses de la expedición de Bonaparte a Egipto descubrieron casualmente la Piedra de Roseta, que contiene un decreto de Ptolomeo V promulgado en Menfis en 196 a.C. y escrito en jeroglíficos, en demótico y en griego.

Pero, además, el ejército de militares iba acompañado por un ejército de sabios que se dedicó a localizar, medir y dibujar todos los monumentos visibles. La ulterior publicación de estos trabajos, conteniendo la copia minuciosa de numerosísimas inscripciones, fue esencial a la hora de posibilitar la labor de desciframiento de los jeroglíficos, consumada finalmente por el francés Jean-François Champollion en 1822.

A partir de este momento se sucedieron las expediciones científicas en el Valle del Nilo, siendo de destacar la franco-toscana dirigida por Champollion y Rosellini entre 1828 y 1830, así como la prusiana de Lepsius, entre 1842 y 1845. Era, sin embargo, necesario establecer unos organismos permanentes en Egipto mismo, que velasen por la integridad, la conservación y el estudio de los monumentos: éstos fueron el Museo de El Cairo y el Servicio de Antigüedades de Egipto, fundados ambos en 1858 por el francés Auguste Mariette, el cual fue sucedido en ambos cargos por su compatriota Gaston Maspero, sin lugar a dudas el egiptólogo más activo y prolífico de todos los tiempos.

Por otro lado, era necesario establecer la enseñanza de la egiptología en Europa. Ya Champollion había obtenido la primera cátedra de egiptología de la historia en 1831, en París, pero su prematura muerte en 1832 le impidió llegar a tener alumnos.

Sería, por consiguiente, Maspero el que logró instaurar de manera definitiva la enseñanza de la disciplina en Francia, extendiéndose la misma rá-

pidamente al resto de países de la Europa culta. Al mismo tiempo se logran nuevos hitos científicos que culminaban con el desciframiento del demótico por Brugsch y con la realización de excavaciones sistemáticas con un riguroso método arqueológico en los principales yacimientos del país por parte de Petrie, que fue también el descubridor y primer sistematizador de la Prehistoria egipcia.

El siglo xx, finalmente, ha presenciado el establecimiento en Egipto de diversas misiones científicas, permanentes o periódicas, correspondientes a países tales como Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia, Bélgica, Polonia, Suiza, Holanda, Suecia, Austria, Estados Unidos, Chequia, Dinamarca, España, Canadá, Japón, Argentina y Grecia, entre otros, además obviamente de Egipto mismo y de Sudán, donde los restos materiales de la civilización egipcia son asimismo muy importantes.

Sobre la cronología y sobre la transcripción de los nombres propios

Los egipcios no utilizaron ningún sistema de cómputo continuo del tiempo, sino que contaban sólo los años de reinado de cada monarca. Sin duda, en los archivos debía haber listas de los años de reinado de los faraones sucesivos, pero las mismas o se han perdido o se conservan en estado muy lacunario. A la hora de establecer cronologías absolutas tan sólo son de alguna ayuda las eventuales indicaciones referentes al ciclo sotíaco o a otras observaciones astronómicas, o bien los ocasionales sincronismos con acontecimientos bien fechados acaecidos en países cercanos a Egipto. En estas circunstancias es fácil comprender las vacilaciones y discrepancias entre los diferentes autores, discrepancias que pueden ser de más de un siglo en el Imperio Antiguo para irse reduciendo lógicamente en el segundo y primer milenio hasta llegar a ser insignificantes en el Período Saíta.

Si bien las fechas que los egiptólogos manejan a partir del año 2000 deben ser ya muy cercanas a la realidad, no obstante las frecuentes y leves correcciones que imponen los especialistas acaban por ser irritantes a los ojos de cualquier no especialista, egiptólogo o no, sobre todo porque es obvio que faltan elementos para garantizar que cualquiera de las soluciones propuestas vaya a ser definitiva. Por consiguiente, algunos autores han optado recientemente por dar dos o incluso más cronologías distintas en la misma obra. Convencidos sin embargo de que esta solución no hace sino desorientar aún más al lector, por nuestra parte hemos optado por la solución salomónica de dar una sola fecha para cada acontecimiento, elegida según nuestro exclusivo criterio entre las varias propuestas ofertadas y buscando simplemente la coherencia interna entre las fechas de acontecimientos próximos en el tiempo. La cronología que hemos elegido tiene, como

mínimo, la ventaja de ser la más acorde con los sincronismos propuestos por los antiguos historiadores y cronógrafos con respecto a la historia griega. El lector, en todo caso, deberá tomar buena nota de que las fechas que proponemos siguen siendo tan sólo aproximadas, aunque, eso sí, bastante cercanas a la realidad, a partir del mencionado año 2000 y hasta el momento de la conquista persa del año 525. Por supuesto, y aunque no volvamos a decirlo, todas las fechas hay que entenderlas como anteriores a nuestra era.

En lo referente a la transcripción de los nombres propios egipcios al castellano la anarquía es total, debido a la falta de tradición egiptológica escrita en esta lengua y a la notoria falta de competencia en la materia de la mayor parte de traductores de obras extranjeras al castellano.

Todo ello ha llegado hasta el extremo de dar carta de naturaleza a ciertas formas no basadas más que en la ignorancia de la forma correcta o de acostumbrarnos a vacilaciones sin justificación alguna. Teniendo en cuenta que en esto sí que no es posible limitarnos a copiar cualquier sistema extranjero, pues cada idioma tiene su propia manera de transcribir los nombres propios de las lejanas civilizaciones antiguas, nosotros hemos adoptado un sistema propio, basado esencialmente en utilizar en principio las transcripciones griegas cuando existen y no deforman excesivamente las formas originales, y en caso contrario transcribir convencionalmente los nombres propios egipcios, adaptándolos lo mejor posible a los recursos fonéticos del alfabeto castellano. En todo caso, hemos renunciado radicalmente al uso de signos diacríticos que casi nadie comprende y que no tienen justificación alguna en obras de contenido no estrictamente filológico.

Estos principios de transcripción están recogidos en nuestra propia normativa publicada en 1987. Puesto que esta normativa no es, ni puede ser, taxativa al imponer el uso de una sola forma para cada nombre propio, al final de la obra damos un apéndice con la lista de las dinastías y de los principales reyes de Egipto, en la que junto a los nombres que hemos usado en este libro damos otros asimismo legítimos. Por el contrario, hemos erradicado totalmente de la misma las formas de nombres absolutamente erróneas, por muy usuales que hayan sido hasta ahora entre nosotros. En cuanto a los nombres propios asiáticos que nos hemos visto forzados a utilizar, los hemos transcrito teniendo en cuenta la normativa elaborada para la onomástica asiriológica por Feliu y Millet, publicada en 1993.

Algunas generalidades sobre la Historia Antigua de Egipto

La primera Historia de Egipto fue escrita en griego por Manetón, un sacerdote egipcio que cumplía así, en el siglo III, el encargo de su soberano Ptolomeo II. Dicha obra ha llegado hasta nosotros muy mutilada y reducida en lo esencial a una lista de reyes agrupados en dinastías. A pesar de ello,

Manetón sigue siendo una fuente esencial de la Historia de Egipto, y los egiptólogos han aceptado convencionalmente la división de la historia egipcia en dinastías, tal y como la expuso Manetón. No obstante, hay que advertir ya de entrada que no cabe entender las dinastías manetonianas en el sentido moderno de la palabra, es decir, como si se tratase de auténticas familias reinantes. En varias ocasiones sabemos que el fundador de una determinada dinastía es el hijo o el hermano del anterior monarca al cual ha sucedido con absoluta naturalidad, mientras que por el contrario algunas veces son atribuidos a una misma dinastía personajes sin ningún parentesco conocido entre ellos. De todo lo cual se deduce que muchas dinastías manetonianas hay que entenderlas en realidad como períodos, más o menos breves, de la Historia de Egipto.

Modernamente se han propuesto varias periodizaciones para dividir la dilatada Historia del Egipto faraónico, agrupando de distintos modos las dinastías manetonianas. De todas ellas el sistema que ha acabado imponiéndose, y que es generalmente aceptado sin mayor discusión, es aquel que divide la Historia de Egipto en tres imperios: el Antiguo, el Medio y el Nuevo, seguido cada uno de ellos de un Período Intermedio.

El sistema puede ser aceptado como propuesta de periodización válida, a condición de tener en cuenta que el Egipto faraónico no tuvo una proyección imperialista exterior de importancia más que en el Imperio Nuevo, permaneciendo el resto de su historia encerrado en sí mismo, amparado por su aislamiento y sin mostrar una especial agresividad para con los restantes pueblos conocidos del Oriente mediterráneo, con los que mantuvo en líneas generales relaciones distantes pero pacíficas. Por consiguiente, hay que entender los tres imperios como períodos de la historia egipcia en los que el Estado faraónico alcanzó su máximo poderío y esplendor, dominando con su omnipresencia todos los aspectos de la vida del país; se trata, además, de épocas de paz interior y de esplendor económico puestos de manifiesto por la actividad constructiva desarrollada en ellas, sin que de momento nos detengamos en las causas de ello. Por el contrario, hay que entender los tres períodos intermedios como épocas de crisis del poder del Estado, con sus secuelas consiguientes de guerras civiles y de decadencia económica. Finalmente, los egiptólogos abren la Historia de Egipto con un Período Tinita que precede al Imperio Antiguo, y la cierran con un Período Saíta que sigue al Tercer Período Intermedio, en un afán obvio de hacer la periodización lo más simétrica posible.

Sin embargo, esta periodización no es ni mucho menos la única posible, y por supuesto no es la más satisfactoria, a pesar de que en este momento no haya más remedio que aceptarla, ya que ha sido la única que ha logrado imponerse a nivel internacional y ya es prácticamente imposible volverse atrás.

La trayectoria de la civilización egipcia ha permitido, por ejemplo, observar una época formativa, una época clásica y una época de decadencia de la misma.

El concepto de Egipto Clásico ha sido acuñado por los filólogos y es eminentemente usado por ellos para referirse tanto a la lengua como a la literatura de los tiempos axiales del largo desarrollo del Egipto faraónico. Aunque el término sea francamente menos usado tanto por historiadores como por historiadores del arte, no obstante también estos especialistas se reconocen en el mismo y coinciden en su atribución cronológica: el Egipto Clásico corresponde a la época del Imperio Medio y a la primera mitad del Imperio Nuevo, más concretamente a los años de la Dinastía XVIII, y tiene dos períodos de crisis, correspondientes al Segundo Período Intermedio y al Período Amarniense. En efecto, la lengua y la literatura de esta época fueron tenidas por clásicas ya por los mismos egipcios de épocas posteriores, empezando por los de la misma época ramésida que corresponde a la segunda mitad del Imperio Nuevo con las Dinastías XIX y XX, y es obvio que este sentimiento puede fácilmente extrapolarse a todos los otros aspectos de la civilización egipcia. En líneas generales puede decirse que los tiempos que van desde la Dinastía XI hasta la XVIII —del siglo XXI al XIV a.C.— son los que aportan la máxima madurez y búsqueda del justo equilibrio, frente al arcaísmo aún bien manifiesto del Imperio Antiguo y la decadencia progresivamente notoria de la Baja Época. Este clasicismo, como ya hemos dicho, tiene de todos modos una inflexión central debida a la ocupación extranjera de los hicsos, y una crisis final producida por la voluntad rupturista del faraón Ajenatón, tras la que fue imposible una vuelta atrás dejando las cosas tal como estaban antes de la crisis, ya que las fuerzas desencadenadas de la involución impusieron una auténtica dictadura que rompió de forma irremediable el equilibrio y la madurez anteriores.

La consideración de una época clásica de la civilización egipcia, precedida de una época arcaica o formativa y seguida de una época de decadencia, se corresponde muy aproximadamente con la división tripartita que ya el mismo Manetón hizo de la historia egipcia, a la que dividió en tres libros, división que a su vez fue seguida por algunos historiadores entre los que hay que destacar especialmente a Maspero. Esta propuesta de periodización, surgida hace más de cien años, dividía la Historia de Egipto en Monarquía Menfita, de las Dinastías I a la X, centrada en el tercer milenio; Monarquía Tebana, de las Dinastías XI a la XX, centrada en el segundo milenio, y Monarquía Saíta, de las Dinastías XXI a la XXX, ya durante el primer milenio. Como tendremos ocasión de ir comprobando, esta periodización responde a causas históricas profundas y por ello también nosotros utilizaremos los conceptos de monarquía menfita, tebana y saíta a lo largo de esta obra cuando lo consideremos oportuno.

Tradicionalmente se hace empezar la Historia de Egipto con el advenimiento de la Dinastía I, unos tres mil cien años a.C. No obstante, aquí seguiremos la formación del Estado faraónico desde sus primeros y balbucentes pasos en tiempos predinásticos, trazando incluso un breve cuadro